

Las caras de Jano*

HAROLD RALEY**

LA ATRACCIÓN DE LO PRIMITIVO

DEGÍA el conocido humorista español Julio Camba que es en los países nuevos donde encontramos las cosas más viejas del mundo. No sé si es por eso que los Estados Unidos, fecundo en visiones futurizas, tiene otra cara vuelta hacia el pasado. Quiero señalar brevemente lo que son, a mi modo de ver, algunas posibles consecuencias de esta versión norteamericana de las caras de Jano.

Desde comienzos de nuestra América es notoria la atracción de lo primitivo, lo cual no nos sorprenderá tal vez si tenemos en cuenta el antiguo prestigio del llamado «noble salvaje», motivo del romanticismo europeo. Además, en el caso de los Estados Unidos aun los «otros», los colonos europeos «contaminados» por la civilización subversiva, según la tesis de Rousseau, eran peregrinos motivados por la pureza primitiva de su fe religiosa. Más tarde, al volverse borrosa la imagen del salvaje, le sustituyó el «hombre común» cuyo pasado era también legendario y que iba a ser el símbolo —si no siempre el protagonista— de la nueva república. Se hacía casi todo en su nombre, aun cuando éste era tomado en vano y sin su permiso.

Pero lo que me interesa aquí es el otro pasado nuestro. Para decirlo más taxativamente, no es exactamente nuestro, porque no es de nadie, es decir, nadie conocido. Me refiero no al pasado histórico sino al protohistórico, a ese pasado absoluto y abismal que tanto se comenta y tan poco se comprende.

De pronto se nos sale al paso otra vez un hombre primitivo. Pero a diferencia del otro que fue motivo de literatura, éste por poco se ha convertido en el ídolo de las ciencias. Por ejemplo, se pretende conocer al hombre moderno estudiando al primitivo. En lugar de observar las sociedades de Londres o Nueva York, para lograr tal conocimiento hace falta examinar los huesos y restos de hombres muertos desde hace miles de años. O a falta de hallazgos paleolíticos, los especialistas acuden a pueblos evolutivamente estancados y sacan —acaso por los pelos— hipótesis atrevidas sobre la condición humana actual.

Se me antoja todo esto un tanto absurdo, una especie de beatería científica. Pero puede que se explique tal actitud por la siguiente tesis implícita en muchas ciencias: *el hombre moderno es una ficción de atributos tan postizos como la ropa, porque en el fondo*

** 1934. Catedrático de Español y Jefe del departamento de Francés de la Universidad de Houston (Texas).

* Adaptación de un capítulo del libro inédito: *The Coming Greatness: America in the 21st Century*.

sigue siendo el hombre primitivo. Son muchas las consecuencias que trae esta idea. Veremos algunas.

Primero, sin embargo, conviene salir al paso de lo que para mí es un error: el «noble salvaje» —tanto el romántico del siglo xviii como el científico de nuestros días— es salvaje sin ser noble. Al igual que los animales, el hombre salvaje (el mismo término resulta algo paradójico) vive en un estado de alerta y temor. Pasa su breve vida sometido al pavor. Abundan los demonios y predadores que de un momento a otro pueden acabar con su frágil existencia. La verdad es que a diferencia del tigre, por ejemplo, *el hombre carece de ser natural*. Será por eso que imita grotescamente los animales, y hasta les tiene envidia, porque la naturaleza los favorece con los poderes y fuerzas que él *naturalmente* no tiene. El hombre resulta anómalo en el mundo puramente natural. La verdadera historia humana empieza luego de la expulsión de Edén.

Frágil pero predatorio, inteligente pero depravado, el hombre primitivo se dedica a actos crueles y sangrientos, lejos de sentiti-mientos humanitarios y nobles. El animal humano comienza a ser hombre cuando, acaso tímido y medroso, emerge de la selva donde reinan pestes y predadores y se vuelve de espaldas a la naturaleza al establecer comunidades y leyes. Por eso se puede decir que *la ciudad constituye nuestra declaración de independencia del mundo puramente natural*.

Son muchos, sin embargo, los que creen que la clave del ser humano sigue escondida en la selva primordial. Lorenz y Lévi-Strauss, Mead y Morris, he aquí algunos de los pensadores ilustres que creen encontrar las raíces de la vida moderna en la realidad primitiva. Debido a sus esfuerzos el hombre primitivo está otra vez en el primer plano de la ciencia. Hoy, como en la época de Rousseau, el salvajismo está de moda.

Tampoco se limita tal fascinación a lo humano. Se sigue la corriente humana río arriba hasta llegar a los antepasados más remotos y se debate sobre cuál de las posibilidades infrahumanas dio origen al hombre.

Nada de esto se debe negar para que sea admisible otra perspectiva. Aunque faltan muchos detalles, la teoría de la evolución convence por la abundancia de datos. Por eso no hay duda de que en cuanto a factores genéticos el hombre y el chimpancé prácticamente coinciden.

Pero más importante es lo siguiente: lo humano no consiste en factores genéticos, es decir, sólo en estas cosas. Dice muy bien el poeta Matthew Arnold:

Man must begin, know this, where nature ends. (Sébase esto: el hombre tiene que empezar donde termina la naturaleza).

La humanidad significa de pronto una ruptura radical con el pasado natural. Por eso, lejos de consistir lo humano en instintos, es algo que sólo se enseña y se aprende. No hay nada más contradictorio que la tan traída expresión «animal humano», porque pese a

**EL ERROR
DEL
«NOBLE
SALVAJE»**

**LA CLAVE
ESTA EN LA
SELVA**

HUMANIDAD SOSPECHOSA

lo que *tienen* en común los mundos «animal» y «humano», *son* realidades separadas por abismos acaso infranqueables.

Los datos biológicos no explican *quienes* somos. El gran Ortega acertó al decir que para comprender la realidad humana hay que contar un cuento. El lenguaje popular revela de pronto la clasificación primaria de las cosas. Cuando alguien toca a la puerta no decimos «¿*Qué* es?», sino «¿*Quién* es? Y lo que esperamos es una mínima biografía: un nombre, o un pronombre personal, un «yo», un «Juan» o «María», es decir, una referencia biográfica y *personal*.

Si a nuestra pregunta alguien contesta: «un animal primate de la especie *homo sapiens*, la información será correcta tal vez pero no nos informa sobre la *persona* a la puerta. El *homo sapiens* tiene que ver con *lo que* somos, mientras que «yo», «Juan» o «María» revela *quienes* somos. Y, desde luego, estos datos personales son lo que realmente nos hace falta para poder vivir humanamente en el mundo cotidiano —que es siempre el mundo real y urgente.

El problema es que en la ciencia actual debido a la índole de sus teorías, se insiste en el *qué* de la realidad humana y, que yo sepa, no hay conceptos adecuados a nivel del *quién*. Por eso, más o menos creemos que el hombre *se reduce* a ser un animal astuto y desnaturalizado. No en balde se nos antojan sospechosos nuestros logros éticos y religiosos. Nos cuesta trabajo afirmar las reglas de la civilización (de la *civitas*, la ciudad), porque se nos dice que en realidad la conducta humana sólo es apta para la selva. De modo que inclinarnos hacia el salvajismo es justificar hasta cierto punto las fechorías como norma de conducta. Si no me equivoco, tales ideas socavan paulatinamente el decoro y la cortesía al persuadirnos de la normalidad de los impulsos violentos así como del carácter postizo de todo lo que constituye los atributos civilizados y civilizadores.

A presión de estas teorías convertidas en tópicos y filosofías baratas, se apresura a tolerar las groserías en todos los sectores de la vida, empezando con la lengua y el arte. Se hiega toda superioridad como acto de lesa humanidad y se acepta cualquier baja como carta de ciudadanía en el gremio humano. Es que hemos aprendido lo que se nos ha enseñado: que somos animales disfrazados de hombres cuya «humanidad» resulta sospechosa.

Todo lo primitivo es peligroso. La humanidad es frágil y padece caídas y relapsos. De una forma u otra nos acecha siempre la selva ávida por reclamar lo que fue suyo. La vida humana constituye una sublevación radical en contra de la tiranía de la selva y de los instintos. Hemos dejado la naturaleza —al menos esa naturaleza secundaria que describe John Stuart Mili. Desde entonces somos *responsables*, y de ahí el carácter moral de la vida humana. La verdad es que no dejamos nada en la selva prehistórica, es decir, nada que valga la pena.

Pero ser humano, que supone el estado responsable, alerta y vigilante, es, entre otras posibilidades, tarea dura y con frecuencia penosa. De ahí la tendencia hacia el *escapismo*, nunca más exagerada que en nuestra época. Si a los niños les gusta asumir los papeles de adultos, éstos suelen jugar a niños o adolescentes. Se pretende escaparse del trabajo, de la ciudad, acaso del cónyuge y

de la familia y, sobre todo hoy, del *stress*, es decir, las tensiones y angustias (más correcto sería decir en inglés, como nuestros antepasados, *distress* —conjoga, aflicción).

Se añora la América primitiva con sus fincas, bosques y horizontes ilimitados (*the wide-open spaces*). Se piensa nostálgicamente en islas Robinsonianas, en Walden Ponds, en el «Viejo Oeste». Todos buscan la soledad y —cosa triste y cómica— coinciden en los mismos lugares.

Pero la «mentalidad escapista» supone por otro lado aun más restricciones y menos libertad. Si en el mundo primitivo no hay calendarios ni relojes (aunque es curioso que casi nadie se escapa sin llevar estas y muchas cosas más), tampoco hay opciones que son la verdadera libertad. Mozart no existe en la selva; la Madre Naturaleza no mantiene bibliotecas ni publica libros. Donde no hay alternativas, no hay realmente libertad. El no poder escoger es simplemente la necesidad, si no el determinismo.

Es por eso que la tan soñada «libertad» de las aldeas y pueblos pequeños con frecuencia resulta sofocante. No es que se nos obligue a hacer cosas repugnantes; es que simplemente no nos ofrecen nada, ni presiones ni opciones. «Aquí no pasa nada» sería el lema de la inmensa mayoría de los pueblos pequeños supuestamente «libres» y ajenos a las tensiones urbanas. Por eso, los inteligentes y ambiciosos prefieren con mucho las ciudades.

En términos naturales la vida de la ciudad es *imposible*, y los mediocres casi siempre lo toman en sentido negativo en parte para justificar su propia existencia plácida. Creo que hace falta mirarlo desde una perspectiva más bien positiva. Porque esta *imposibilidad* consiste en tecnologías, ciencias, leyes, formas de cortesía y conceptos que no existen naturalmente. Por ser sólo el niundo de lo posible, la naturaleza nos hubiera esclavizado para siempre. *Lejos de tener su origen y apogeo en campos y selvas, que en cierto sentido le son ajenos, la libertad es invento de la ciudad.*

Hace tiempo que la ciudad tiene mala prensa y hay una insistencia monótona en sus defectos. Creo que ha llegado el momento oportuno de afrontar las nociones que la desprestigian, porque son las mismas que afean nuestra humanidad.

Pero el escapismo tiene otro cariz, como Jano tiene otra cara, y por eso del pasado inmemorial pasamos ahora al futuro indefinido. Son muchos los que creen que cualquier tiempo pasado o futuro fue o será mejor que el presente. ¿Tienen razón? Veremos.

En términos generales y sin abordar los temas escatalógicos que en cierto sentido representan lo contrario del futuro, podemos clasificar a los futurólogos en optimistas y pesimistas. Para los primeros el futuro será la panacea para los males de este mundo. Se eliminarán enfermedades. Nuevas alianzas políticas mitigarán las hostilidades internacionales. Ya no habrá ni pobreza ni tedio. Una benevolencia superior, producto de instrucción y legislación progresivas impondrá dondequiera sentimientos de igualdad y armonía entre razas y países. Por poco la supuesta perfección del porvenir da ganas de no tener que vivir en el mundo actual, así

**EN LA
SELVA
NORAY
OPCIONES**

**¿CUALQUIER
TIEMPO
PASADO FUE
MEJOR?**

**LA CLAVE
SOMOS
NOSOTROS
MISMOS**

como algunos cristianos medievales despreciaban la vida terrestre a favor de la vida futura del Paraíso.

Otros futurólogos, sin embargo, señalan un porvenir mucho más tétrico. Según ellos, se realizarán los temores más horripilantes. Debido al crecimiento demográfico, sobre todo en el llamado «tercer mundo», habrá escaseces de comida, de recursos naturales y hasta del aire que respiramos. No se podrá vivir en las ciudades inhospitalarias. Y como si fuera poco todo esto, plagas y epidemias como el SIDA asolarán la raza humana. Y para colmo: la Bomba que tarde o temprano garantiza la destrucción universal.

Creo que bajo ciertas condiciones cabe predecir el futuro. No se trata de magia ni siquiera de dones psíquicos; consiste en proyectar tendencias y posibilidades actuales. En sus líneas aún irreales queda prefigurado el porvenir en la realidad de hoy. Como se ha dicho perspicazmente, ver el futuro es asumir al revés la tarea del historiador.

Pero en la mayoría de los casos la clave no es lo que nos pasa sino la manera en que nosotros lo «pasamos». Porque más o menos las mismas cosas suceden en la vida de todos. La clave, pues, somos nosotros mismos. Decía muy bien Heráclito que el carácter es destino.

Claro que la casualidad es un factor formalmente invulnerable a toda predicción específica. Interviene en el momento más inesperado para deshacer los esquemas y *devolvemos la libertad*. Por eso cuando se me habla de la inevitabilidad de las cosas futuras, por ejemplo, las catástrofes, lo tomo como un grano de sal. Los europeos del siglo xv creían poseer ya todo el conocimiento posible sobre los límites geográficos y espirituales del mundo. Pero inesperadamente, contra todo lo que se creía posible, el descubrimiento de América lo modificó todo, ensanchando increíblemente los viejos horizontes europeos. ¿Irrumpirán otras «américas» en nuestro mundo? es más que probable.

No se debe confundir el futuro con los futurismos. El que éstos sean *ismos* revela su contenido ideológico sospechoso. Son realmente pseudo-futuros; pero por ser también opciones lo inauténtico y aun lo falsificado, siempre es posible, a falta de vigilancia inteligente, que cualquier futurismo se convierta en el futuro mismo. A diferencia del futuro auténtico, que guarda su distancia, funcionando de manera frontal como dimensión imprescindible de la vida *actual*, el futurismo usurpa el presente, lo desprestigia y nos empuja hacia un círculo vicioso temporal. De este fenómeno resu-tla el *future shock* (choque con el futuro) que describe Alvin Tof-fler en su libro del mismo título.

Quiere decir esto que el futuro espurio, el que pretende realizarse *ahora mismo*, corroe el presente, como la lluvia desgasta el humus, y lo deja empobrecido. De manera que nuestro *hoy* se nos antoja con frecuencia superficial e insustancial. Pese a lo que dice Bertrand Russell, el presente normalmente no se reduce a un punto geométrico irreal. El «tiempo presente» no sólo se extiende hasta cierto punto en el futuro sino que también incluye porciones recientes del pasado. Este «presente vital» —porque así lo vivimos— carece de límites fijos, pero sí exhibe una consistencia es-

tructural que fluctúa de acuerdo con las expansiones y contracciones de la vida.

Si no me equivoco, se ha encogido extraordinariamente el «presente» americano, de modo que apenas nos queda espacio vital suficiente. De ahí tal vez la índole «provisional» o «tentativa» de tantas cosas nuestras. En el área vital así reducida apenas se vive; más bien se espera comenzar a vivir luego. No parece merecer ni justificar tal presente compromisos a largo plazo. Todo asume un cariz transitorio y en principio *revocable*. Y efectivamente, se casa y se divorcia, se ama y se olvida con suma facilidad.

Sólo hay un inconveniente insoslayable: *la vida es irrevocable*. Es siempre la vida aquí y ahora sin posible demora. De modo que al decir «sí» a las cosas y las personas que realmente nos importan —amor, matrimonio, hijos, religión, vocación, proyectos— o se dice de verdad y en principio para siempre o se trivializa la vida y se condena a la infelicidad. Porque la felicidad depende del «sí» radical. ¿Y la prueba de lo que vengo diciendo? Mírese la vida de los que rehuyen los compromisos fundamentales y dígaseme si el suyo es el camino hacia la felicidad. Ya que casi todo nos parece provisional, todo más o menos se tolera; pero creo que llega un momento en que urge juzgar las cosas por sus frutos.

Desde luego, nuestra lealtad ulterior tiene que ser siempre al futuro, porque la vida es misión frontal realizable sólo en vista de lo que nos queda por delante. Nos encaramos física y metafísica-mente con el futuro y es por eso tal vez que la vida, o sea, la persona que llegamos a ser, se graba de manera fundamental en la *cara*. Al mismo tiempo somos el pasado, es decir, nuestro pasado histórico, porque es la razón de la vida, es decir, la historia de *quienes* somos. Y, claro, de quienes *no* somos. Lo irrealizado es otra dimensión de la vida humana.

Pero esta lealtad al futuro sólo se expresa como *fidelidad al presente*; lo cual viene a ser también la plena realización del pasado, porque tanto el pasado como el futuro, en cuanto existen, existen en cierto sentido fundamental *aquí y ahora*.

¿Qué significa esto y qué nos hace falta hacer al respecto? (Porque ante todo problema lo característico del norteamericano es *hacer* primero —y acaso luego pensar en lo que hace.) Creo que como primer paso importa cambiarnos de perspectiva para poder alejarnos del todo de la noción arraigada de que la nuestra es una época inferior —principalmente *a sí misma*. Creo que urge darnos cuenta de que nuestro hoy vale la pena y merece nuestra fidelidad, pero no a pesar de los problemas espeluznantes que nos acosan sino precisamente *por ellos*. En cierto sentido irónico quizás, debemos dar las gracias a Dios por las imperfecciones del mundo, porque son instrumentos de perfeccionamiento y vida.

El mundo actual tiene mala prensa —supongo que siempre la ha tenido— y de ahí la ascendencia simbólica de Jano, el dios de la doble cara. Pero con doble cara se vive insinceramente. Sólo cabe preparar el mañana si se cumple sinceramente con lo que nos impone el hoy. Es ésta una verdad modesta, pero de una modestia que es de la vida misma. Claro que trae una ventaja más: hasta ahora no falla.

LA VIDA ES IRREVOCABLE